

Las **mujeres** y el trabajo en **Bidaurreta**



Edición

Ayuntamiento de Bidaurreta

Investigación

Beatriz Gallego Muñoz
(Labrit Patrimonio)

Colaboradoras

María Ángeles Gorritxo Itoiz
Asun Echaui Echagüe
Rosamari Labiano Zabalza
María Jesús Goikoetxea Tabar
Josefa Beloki Arrondo
Felicitas Urrea Irujo
Isabel Tabar Berrondo
Begoña Armendariz Murillo
Irene Antona Erdozain
Enara Rabina del Río

Diseño y maquetación

AZ2 Comunicación

Impresión

Gráficas Ulzama

Depósito Legal

NA2730-2022

Índice

Introducción: características socioeconómicas y demográficas de Bidaurreta en el siglo XX	5
Metodología y fuentes	9
<i>Metodología</i>	
Fase de recopilación de la información	
Fase de elaboración de un informe de carácter historiográfico redactado en tono divulgativo	
<i>Fuentes con perspectiva de género</i>	
Mujeres trabajadoras de Bidaurreta	15
<i>Oficios y actividades identitarias de Bidaurreta y presencia de mujeres en ellos</i>	
Sector primario	
Sector secundario	
Sector servicios	
El sector de los cuidados	
Oficios y trabajos de mujeres	31
<i>Condiciones y posibilidades de ascenso social</i>	
<i>Las mujeres y el mantenimiento de la comunidad</i>	
Trabajo dentro y fuera del hogar. El delicado tema de la conciliación	36
Va por ellas: mujeres referentes en Bidaurreta	38
Conclusión	40
Bibliografía	41

Introducción: características socioeconómicas y demográficas de Bidaurreta en el siglo XX

La Gran Enciclopedia de Navarra describe Bidaurreta como un municipio perteneciente al Partido Judicial de Pamplona, en la Merindad de Pamplona, Comarca geográfica de Val de Echaury, con una superficie de 5,4 km², ubicado a una altitud de 433 m y a 19,5 km de la capital navarra. Una localidad con un tipo de clima submediterráneo, que limita al N con Echarri / Etxarri, al E con Zabalza, al S con Belascoáin y Guirguillano, y al O con Salinas de Oro / Jaitz y Guesálaz / Gesalatz, con un relieve muy accidentado en el que destaca el acusado contraste entre “la pequeña llanura correspondiente a la terraza baja del río Arga y las fuertes pendientes de la sierra de Bidaurreta (870 m)”¹.

Hasta aquí llega la presentación de la parte más inmutable de Bidaurreta. A partir de ese punto de la descripción, la información corresponde a las características de la localidad en la década de 1980, precisamente cuando la general tendencia demográfica descendiente que desde la década de los sesenta conocerían tantos y tantos pueblos se acercaba a sus niveles más bajos. Hay que pensar que entre 1900 y 1920 la media de población censada era de 266; con fluctuaciones en las décadas siguientes, la cantidad inicial descendió a 219 en 1960 y llegó a 110 en 1991. En la primera mitad de la década de los 80, todavía el 80% de la población activa del municipio desempeñaba tareas agrícolas, aunque apenas un tercio lo hacía como actividad principal².

¹ Gran Enciclopedia de Navarra. http://www.enciclopedianavarra.com/?page_id=20675.

² Gran Enciclopedia de Navarra. http://www.enciclopedianavarra.com/?page_id=20675.

En esta panorámica de la vida cotidiana en la Bidaurreta hasta el último tramo del siglo XX hay dos elementos que van a ser fundamentales para entender no solo la economía local, sino también la mentalidad y los códigos en los que sucesivas generaciones fueron socializadas: por un lado, una realidad compartida por la inmensa mayoría de las familias como era la economía de subsistencia, que resultaba determinante a la hora de aprovechar los recursos; por otro, la importancia de los lazos sociales (familiares, vecinales, de solidaridad...) tejidos entre quienes habitaban la localidad.

Ambas dimensiones están relacionadas y se encuentran, además, atravesadas por un eje que no se puede obviar porque determina el papel que cada persona está llamada a desarrollar: el sistema sexo-género. Es decir, cómo el sexo biológico que se nos asigna es la base para toda una construcción sociocultural (el género) que determina las relaciones que se establecen entre hombres y mujeres (Bravo Suescun, 2012:40). Una construcción que también influye en la denominada división sexual del trabajo, que asigna preferentemente una serie de actividades a hombres o a mujeres en función de su sexo y de las capacidades y las carencias que, supuestamente, este le confiere.

Ese reparto ha determinado tradicionalmente los ámbitos de actuación: para ellas, el doméstico incluido su entorno físico más cercano (huerta...) y para ellos, la ganadería mayor y las actividades situadas en áreas más alejadas del hogar (los campos, el monte...). Este tipo de pautas no eran inamovibles y, sobre todo en épocas en la que se necesitaba mano de obra (por ejemplo, en ciertos momentos del ciclo agrario), hombres y mujeres compartían faena. Pero en cualquier caso, la condición sexual también se reflejaba en otros ámbitos: los tiempos y lugares de socialización (ellas, al amparo de la iglesia, por ejemplo participando en asociaciones de carácter religioso; ellos, en la taberna u otras formas de ocio, como los juegos y deportes). Esta división de tiempos y espacios indudablemente tenían su reflejo en la visibilización de las tareas asignadas a cada grupo, así como en su poder de representatividad (por ejemplo, en los concejos), es decir, en su capacidad de decisión y actuación sobre la colectividad (Barandiarán y Manterola, 1998 y 2011).

Ante esta situación, los **objetivos** planteados fueron los siguientes:

- ✓ Visibilizar el trabajo de las mujeres en Bidaurreta a través de un trabajo de investigación basado en la consulta de fuentes orales, bibliográficas y documentales.
- ✓ Reivindicar el papel activo de las mujeres en el desarrollo económico y social de la localidad con su contribución tanto al trabajo productivo como al reproductivo.
- ✓ Desmontar estereotipos y promover la igualdad entre mujeres y hombres y la corresponsabilidad en la conciliación a través de referentes locales.

Las transformaciones sociales, políticas y económicas que tuvieron lugar a lo largo del siglo XX han dado lugar a la Bidaurreta del siglo XXI. Y es precisamente para conocer cuál era la realidad en la que vivieron las generaciones anteriores para lo que se realiza esta investigación. Una investigación que pone el foco en el trabajo de las mujeres, porque la tradicional naturalización de las desigualdades ha conllevado la minusvaloración de las actividades realizadas por ellas y su consiguiente infrarrepresentación en las fuentes, que se han visto así sesgadas.



[Nicolás Ardanaz. Museo de Navarra, Pamplona]

Metodología y fuentes

Metodología

La metodología para desarrollar la presente investigación se estructuró en torno a tres fases (compilación de información, análisis y redacción).

Fase de recopilación de la información

La información se ha recopilado en torno a dos ejes de transmisión, la oral y la documental:

Se procedió en primer lugar al **vaciado, dentro del Archivo de Patrimonio Inmaterial de Navarra**, de los fondos sobre Bidaurreta. Estos consisten en la recopilación audiovisual de siete testimonios de la localidad procedentes de sendas entrevistas en profundidad sobre un cuestionario etnográfico completo adaptado de manera específica a la localidad. El vaciado se realizó en base a los criterios principales del tema de la actual investigación, el trabajo y las mujeres. Así, se pudo hacer una primera aproximación a los trabajos más identitarios en el pueblo, la presencia de mujeres en ellos y en otros, la de roles, etc.

Gracias a la colaboración de un equipo de trabajo local formado por cuatro mujeres (Irene Antona Erdozain, Begoña Armendariz Murillo, M^a Jesús Goikoetxea Tabar y Enara Rabina Del Río), en diciembre de 2021³ se desarrolló una **sesión participativa** con un formato de grupo de discusión con mujeres mayores de la localidad centrado en las actividades mayoritarias en la segunda mitad del siglo XX. Dicha sesión sirvió para contrastar y ampliar la información recogida hasta la fecha, así como para compartir y recoger reflexiones de las asistentes sobre el trabajo y las mujeres en la Bidaurreta del siglo XX. A ella acudieron siete mujeres invitadas expresamente en base a sus trayectorias laborales y experiencias vitales. Con esta selección se pretendía un doble objetivo: por un lado, recabar información cualitativa acerca de las condiciones en que ellas mismas habían desarrollado sus actividades; por otro, ampliar el marco temporal de las fuentes orales recabando información relativas a sus propias madres y abuelas, que estas mujeres podían conocer de manera directa (por haber sido testigos) o indirecta (como depositarias de recuerdos, anécdotas, etc. narradas por mujeres de generaciones anteriores). A lo largo de este documento, los extractos que aparezcan en cursiva se refieren a citas obtenidas en dicha sesión.

En esta sesión participaron las siguientes mujeres: María Ángeles Gorritxo Itoiz, Asun Echauri Echagüe, Josefa Beloki Arrondo, Rosamari Labiano Zabalza, María Jesús Goikoetxea Tabar, Josefa Beloki Arrondo, Felicitas Urra Irujo e Isabel Tabar Berrondo.

³ Inicialmente estaba prevista para una fecha más temprana pero las circunstancias sanitarias obligaron a retrasarla.

En cuanto a las **fuentes bibliográficas y documentales**, su revisión se realizó desde una perspectiva de género, en tres ámbitos:

- ✓ Revisión de bibliografía general que incorpore la perspectiva de género en investigaciones sobre las mujeres y el trabajo y sobre la aportación de las fuentes orales a este ámbito de conocimiento.
- ✓ Revisión de bibliografía específica sobre Navarra acerca del trabajo femenino en el siglo XX.
- ✓ Revisión de bibliografía de carácter local y comarcal. Se consultaron aquellas obras de carácter local relativas al siglo XX en las que quedara reflejado el trabajo femenino. En este sentido, hay que destacar un documento desarrollado en la localidad, "Los oficios de las mujeres en Bidaurreta en la segunda mitad del siglo XX", fruto de una investigación realizada por dos integrantes del grupo de trabajo local (Irene Antona Erdozain y Begoña Armendariz Murillo), en base a los testimonios proporcionados por dos informantes y a material fotográfico y audiovisual.
- ✓ Búsqueda de material fotográfico tanto en el Museo de Navarra como en la propia localidad, a través de un llamamiento a la población para que aportaran material para ilustrar la investigación.

Fase de elaboración de un informe de carácter historiográfico redactado en tono divulgativo

Dicho informe consiste en el presente documento, que recoge los resultados obtenidos en las fases anteriores y es susceptible de actuar como base para la elaboración de futuras acciones de difusión y sensibilización sobre el tema investigado.

Fuentes con perspectiva de género

"La introducción del género como concepto ha traído consigo el desarrollo de teorías que nos dicen cómo actúa en las relaciones sociales y se sustantiva como agente de conocimiento histórico" (Bravo Suescun, 2012: 55). La aplicación de este concepto como categoría analítica en los estudios de historia de las mujeres a partir de la década de 1970 favoreció la recuperación de la memoria colectiva y permitió otorgar mayor visibilidad a las mujeres a través de la historia, así como interpretar su papel en ella. La revisión crítica de rígidos conceptos utilizados hasta entonces en torno a ejes como público-privado, poder-sumisión y otros llevaron a interpretaciones más complejas sobre la presencia histórica de las mujeres en los ámbitos social, cultural, político y económico. Surgieron así obras de carácter general que abrieron el camino a otras de carácter más específico; entre ellas, investigaciones centradas en la disciplina de los estudios sobre el trabajo de las mujeres dio lugar a una abundante bibliografía, con nuevos enfoques y categorías que incluyen la reformulación del trabajo doméstico, el mercado y las relaciones entre producción y reproducción (Bravo Suescun, 2012: 42-48).

Es decir, tras el cuestionamiento de la historia social como paradigma a partir de los ochenta, la historia de género y los estudios feministas se presentaron como una nueva forma de entender la historia social y despertaron el interés de la comunidad científica. Ante la falta de fuentes convencionales para realizar estudios sobre mujeres (ya que están infrarrepresentadas en los documentos oficiales, archivos, etc.) los nuevos estudios fueron desarrollándose en paralelo a

la búsqueda de **nuevas fuentes históricas entre las cuales la oral fue una de las que mayor riqueza ofrecía** (Díaz, 2012:188). Al “dar voz a los sin voz” (a las mujeres, a las clases subalternas, a los grupos sociales marginados, a las minorías étnicas, etc.) se han podido crear otras narrativas del pasado, otras versiones de los acontecimientos “oficiales”, abriendo diferentes terrenos de investigación como la vida cotidiana, la sexualidad o la formación de identidades (Llona, 2012:39-40) y reformulando la historia desde una perspectiva más democrática, haciendo que los relatos de las “minorías silenciadas” sirvan de equilibrio de las fuentes convencionales, tradicionalmente centradas en las élites (Díaz, 2001:26) y con claro sesgo androcéntrico. Como señala José Antonio Pérez, lo verdaderamente novedoso de la historia oral no es tanto la utilización de una determinada técnica de obtención de información, por otra parte, muy antigua sino la riqueza que el tratamiento aporta a la investigación histórica, que permiten profundizar en la percepción que los propios individuos, en este caso mujeres, tienen de las normas, leyes, comportamientos y costumbres que rigen su vida y que las han relegado a un papel secundario en la historia, que de otro modo quedaría fuera de las investigaciones cuantitativas (2004:11-12).

Por otro lado, al emplear fuentes orales se puede tanto analizar los hechos o procesos que se narran y la manera en que se articula el discurso y cómo interpretar o al menos reflexionar sobre aquello que no se verbaliza, destacando la aportación de Luisa Passerini y su *giro interpretativo* que otorga un mayor protagonismo a la subjetividad y permite avanzar en dos direcciones: por un lado, en la relación entre memoria individual y memoria social y por otro en la necesidad de tener en cuenta los aspectos narrativos y subconscientes de los recuerdos (Llona, 2012:40-41).

De esta forma, resulta tan significativo el análisis e interpretación de la información obtenida directamente como lo que pueden denotar las ocultaciones y los silencios, “lo que se dice y lo que no se dice” (Díaz, 2001:25)⁴. Estas características justifican el recurso a las fuentes orales como instrumento para analizar procesos de formación de identidades relacionadas con el trabajo, la clase social, las transformaciones en la mentalidad, la vida cotidiana o las actitudes. Como señala Pilar Folguera, la historia de la vida cotidiana de una colectividad no es algo marginal, sino “el eje invisible del acontecer histórico” (1987:11).

En lo que a esta investigación se refiere, el tema y objetivos de la misma, la metodología a emplear y la existencia en la localidad de antecedentes sobre este ámbito bajo la forma de proyectos de recopilación de **testimonios orales** (fundamentalmente, la recopilación para el Archivo de Patrimonio Inmaterial de Navarra

Al “dar voz a los sin voz” (a las mujeres, a las clases subalternas, a los grupos sociales marginados, a las minorías étnicas, etc.) se han podido crear otras narrativas del pasado, otras versiones de los acontecimientos “oficiales”, abriendo diferentes terrenos de investigación como la vida cotidiana, la sexualidad o la formación de identidades (Llona, 2012:39-40) y reformulando la historia desde una perspectiva más democrática.

⁴ Este hecho es especialmente apreciable al aplicar las fuentes orales a investigaciones de género, por la forma en que las mujeres acostumbran a elaborar su discurso.

y la investigación realizada sobre los trabajos de las mujeres en la segunda mitad del siglo XX) favorecieron una aproximación desde una perspectiva etnográfica. Sin embargo, a diferencia de muchos trabajos y monografías de carácter etnográfico que se centran en actividades concretas (la agricultura o determinados ámbitos de esta; oficios; creencias...), en esta ocasión resultaba fundamental no tanto profundizar en los detalles específicos de estas actividades sino en aportar una visión panorámica en lo que se refiere a la vinculación de las mujeres con el trabajo, abordando el género como una categoría analítica y buscando elementos comunes y diferenciadores entre mujeres de distintas generaciones.

Las propias características de la información obtenida reflejan hasta qué punto los resultados hubieran sido diferentes en el caso de no haber recurrido a las entrevistas y haberla basado únicamente en fuentes bibliográficas y documentales, “históricas”, supuestamente “objetivas”, donde muchas de las tareas y actividades descritas por las mujeres de Bidaurreta rara vez tendrían cabida al pertenecer a la esfera doméstica (independientemente de que se realizaran en el interior de la casa o al aire libre) y dentro de una economía de subsistencia que quedaba al margen de estadísticas de empleo, salarios, etc.

En este punto resulta interesante señalar cómo entre los problemas atribuidos a la historia oral destacan aquellos relacionados con la representatividad y veracidad de la documentación generada (Folguera, 1994:19; García-Orellán, 2012), como si el hecho de tratarse de testimonios subjetivos los convirtiera en menos fiables, cuando en realidad habría que preguntarse por la fiabilidad de otras fuentes primarias que también se encuentran sesgadas, maquilladas. Ante esta situación, Thompson propone “buscar la coherencia interna, tratar de hallar la confirmación en otras fuentes y estar alerta a posibles desviaciones” (1988:128-134) como criterio válido para establecer la veracidad de una fuente. En este sentido, **la información proporcionada por los testimonios recabados para este estudio, y su validación en la sesión participativa, nos reafirman en su veracidad y coherencia.**

Otro ámbito sobre el que proyectar la perspectiva de género es el de la **documentación histórica**, que no ha sido utilizada como fuente principal en este estudio, pero que supone un campo de investigación con muchas posibilidades. Es de destacar en este sentido la iniciativa desarrollada en 2019 por el Archivo de la Administración de Navarra, que puso en marcha la línea de actuación denominada “De mujeres y documentos” (<https://www.fondoscontemporaneosnavarra.es/es/de-mujeres-y-documentos>). De ese modo se pretendía dar a conocer al menos una muestra de los fondos del archivo, mostrando los documentos conservados como “testimonios, muchas veces únicos, de la condición laboral, social, económica o política de las mujeres en la Navarra contemporánea”.

Por último, la **fotografía** también constituye una fuente de información. Como señala Carmen Bravo Suescun, en el ámbito de la historia de las mujeres, las imágenes son particularmente interesantes entre otras razones “por su escasez, al no ser objeto de atención social y por eso mismo, descubrir y analizar imágenes de mujeres han dado a la historiografía abundante información sobre el papel de las mismas”. Si las fuentes orales aportan información que no contienen las fuentes tradicionales, las imágenes aportan contexto “no como acompañamiento o ilustración de la palabra, sino en muchas ocasiones como único testimonio histórico que sustantiva una hipótesis teórica” (2012: 22). En el caso de la investigación que nos ocupa, hay dos tipos de fotografías: las prestadas por vecinos y vecinas de Bidaurreta y las procedentes del fondo Nicolás Ardanaz con el denominador común de presentar a mujeres realizando diferentes actividades, aunque en muchos casos desconozcamos la localidad exacta y en la mayoría de las ocasiones no se trate de empleos remunerados. Si las primeras se caracterizan por su domesticidad, las segundas poseen un carácter evidentemente artístico e incluso idealizado. Pero más allá de la estética o la intencionalidad, todas suponen **testimonios gráficos de trabajos realizados por mujeres de manera habitual.**



[Nicolás Ardanaz. Museo de Navarra, Pamplona]

El predominio de una agricultura de subsistencia en Bidaurreta al menos durante los dos primeros tercios del siglo XX, orientada al mayor grado posible de autoabastecimiento del hogar, diversifica las tareas y favorece la presencia de las mujeres en multitud de ellas. En unos casos, se trataba de actividades realizadas de manera compartida con los hombres, mientras que en otras ocasiones se observa una especificidad de mano de obra femenina.

Mujeres trabajadoras de Bidaurreta

Oficios y actividades identitarias de Bidaurreta y presencia de mujeres en ellos

Sector primario

“La historia de la agricultura es en gran medida una historia en femenino”, como señala José Miguel Lana Berasain. Sin embargo, solo desde época muy reciente se ha aplicado la perspectiva de género sobre la agricultura y sobre el campesinado, que de manera tradicional se ha representado bajo una forma masculina. De hecho, la infrarrepresentación de la mujer en las fuentes se observa de manera muy acusada en aquellas de tipo económico que, por otro lado proporcionarían una gran información sobre las formas y dificultades para acceder a la propiedad, las condiciones laborales, salariales, etc. de las trabajadoras y de estas en comparación con los trabajadores. En este ámbito, mucha de la información que ha llegado a nuestros días procede de las fuentes orales y demuestran que los salarios femeninos eran inferiores a los masculinos no solo en el campo, también en la industria. La razón de ese desequilibrio no hay que buscarla en una cuestión de productividad sino en el poder negociador, que en un sistema patriarcal es menor para las mujeres (2019: 2-8). Esta tendencia podía ser aún más acusada entre aquellas personas que no trabajaban tierras propias o arrendadas, sino que debían ir “a jornal” (no siempre en condiciones dignas, si la demanda de mano de obra se quedaba corta frente a una abundante oferta de manos dispuestas a llevar un salario a casa). Sin embargo, no hay constancia en Bidaurreta de que hubiera mujeres que se ganaran la vida como jornaleras.

El predominio de una agricultura de subsistencia en Bidaurreta al menos durante los dos primeros tercios del siglo XX, orientada al mayor grado posible de autoabastecimiento del hogar, diversifica las tareas y favorece la presencia de las mujeres en multitud de ellas. En unos casos, se trataba de actividades realizadas de manera compartida con los hombres, mientras que en otras ocasiones se observa una especificidad de mano de obra femenina.

En la época que nos ocupa, los cultivos más importantes eran el cereal, la remolacha, el maíz, la viña y otros frutales, con especial mención a los cerezos. Cada uno de ellos llevaba aparejadas una serie de tareas en las que las mujeres intervenían.



[Asun Echauri cogiendo cerezas]

del sarmiento para evitar que le restara vigor. Se trataba de una actividad realizada especialmente por mujeres y por niños y niñas al salir de la escuela (o incluso, faltando a clase para hacerlo).

Dentro de la viticultura, los **injertos** merecen una mención especial porque llegó a ser una actividad con una relativa especialización para un uso no tanto doméstico sino principalmente orientado a la venta. Se trataba de una labor de invierno que consistía en hacer púas con variedades de uva local (normalmente garnacha) e insertarlas en cepa americana.

Hombres y mujeres con lazos de parentesco y/o vecindad se reunían en una casa y trabajaban en cadena, aunque con tareas específicas: ellos abrían los sarmientos y hacían las cuñas; ellas metían la púa en la vara, la ataban con gran destreza y rapidez e iban amontonando. Estos injertos se ponían en el término del Aguacaliente (un terreno de gran calidad junto al Balneario de Belascoáin, por las características del agua y por beneficiarse del limo del río) y cuando estaban listos se llevaban a vender al mercado de Estella. A diferencia de otros productos, como luego veremos, parece que la venta de injertos en esa plaza era una cuestión más vinculada a los hombres. Por otro lado, aunque este tipo de tareas se hacían como forma de ayuda mutua, la habilidad adquirida por la propia experiencia hacía que algunas de estas personas fueran requeridas en diferentes casas.



[Nicolás Ardanaz. Museo de Navarra, Pamplona]

Así, en el caso del cereal, podíamos encontrarlas recolectando la mies con la hoz o con la dalla, dando manadas y atando los fajos, amontonando, trillando...

Si hablamos de **maíz**, a la siembra y recolección se añadía también la tarea de desgranar. Esta labor se realizaba en familia, por la noche, compartiendo un tiempo y un lugar (la cocina, por ejemplo) en los que se aprovechaba para charlar o rezar el rosario, por ejemplo.

En tiempo de la **remolacha**, las mujeres colaboraban sembrando, aclarando, escardando y, en la recolección, limpiando las remolachas para llevarlas a la azucarera.

Por su parte, el cultivo de **frutales** también exigía atención, especialmente en la época de la recolección.

La **viña** es otro de los cultivos que requería multitud de cuidados: plantar, deshijelar, vendimiar... Una de las tareas que se recuerdan consistía en "*borrocinar*", limpiar los brotes que salían en el tronco por debajo



[Sagrario Goikoetxea, hacia 1966-1967]

La **huerta** era un elemento indispensable en la subsistencia familiar. Además de constituir una fuente constante de productos variados para las personas proporcionaba alimentos para los animales pequeños. Además, los excedentes, si llegaban a producirse, podían ser objeto de venta o de intercambio por otros productos o servicios. De manera tradicional, el cuidado de la huerta⁵ entraba dentro de las obligaciones atribuidas a las mujeres: la extensión y volumen de producción era netamente inferior al de otros cultivos; la dedicación requerida, aunque de manera más o menos constante a lo largo del año, permitía el desempeño de otras obligaciones... Así, de alguna manera, la huerta era considerada una prolongación del espacio doméstico.

En este contexto se sitúan también las actividades relativas al **cuidado de animales** de pequeño tamaño (gallinas, patos, pollos, conejos, pichones...) que había en la práctica totalidad de las casas y que permitían además obtener otros productos, como huevos.

Es el caso de las **vacas**, con las que la familia se autoabastecía de leche y que en ocasiones proporcionaban un excedente que se vendía en el propio pueblo (ya fuera repartiendo directamente a otras casas o entregándosela al lechero) o fuera de este, por ejemplo, llevándola a Echarrí / Etxarri o al Balneario de Belascoáin, por ejemplo.

Otra fuente de aprovisionamiento de leche, aunque en menor cantidad, eran las cabras que se tenían en casa (y que durante el día quedaban al cuidado de un cabrero que las llevaba a pastar). Además, la cría de cabritos suponía el abastecimiento de carne para todo el verano gracias no tanto a la cantidad obtenida sino a la costumbre de la "ordea".

⁵ En el caso de Bidaurreta, las huertas no estaban próximas a las viviendas (como sí sucede en otras zonas), sino que se situaban en los términos de La playa y Aguacaliente. De hecho, hay constancia de un reparto de tierras entre familias que no tenían huerta en el término de Aguacaliente, donde también se construyó una noria.



[Nicolás Ardanaz. Museo de Navarra, Pamplona]

Pero indudablemente la principal fuente de abastecimiento de carne era el **ganado porcino**. Lo habitual era criar una o dos cerdas para casa (dependiendo del tamaño de la familia), con el fin de proveer de carne a la familia a lo largo de todo el año mediante la elaboración de la matanza. Sin embargo, la cría de gorrines acabó siendo una importante fuente de ingresos, de hecho, hacia finales de los años 50 -principios de los 60- fue una de las primeras formas de obtener dinero líquido, hasta el punto de que en el pueblo aumentó el número de cochiqueras. Cuando en 1964 comenzó a construirse la granja de Argal, varias casas en Bidaurreta ya llevaban varios años dedicándose a la cría de cerdos.

Los cuidados aparejados a la cría de estos animales implican su alimentación (desde ponerles la comida a llevarlos al pasto, dependiendo de los casos), limpieza de habitáculos (gallineros, cuadras, cochiqueras...), atención en enfermedades, obtención de alimentos secundarios (leche mediante el ordeño, huevos...). En esas tareas las mujeres tenían un papel activo, así como en la venta de todos estos productos ya sea en el ámbito geográfico más inmediato (como se ha mencionado en el caso de la leche) o en el mercado.

Volviendo al tema de los gorrines, en los años en que esta actividad fue pujante en la localidad existía la figura de los "gorrineros", tratantes que se desplazaban hasta Bidaurreta para comprar ejemplares criados allá. Lo habitual es que fuera la mujer de la casa la encargada de preparar al animal, aunque el encargado de cerrar el trato era el varón, una práctica fuertemente asociada al mundo del trato y los tratantes de ganado. Así, a nivel privado, pero especialmente en ferias



[Nicolás Ardanaz. Museo de Navarra, Pamplona]

o mercados en los que se daban cita vendedores y (posibles) clientes existía toda una puesta en escena fuertemente masculinizada en la que ambas partes desplegaban ante la otra pero también ante la comunidad sus dotes para el negocio: exaltando al animal, evaluándolo, proponiendo un precio, haciendo una contrapropuesta, discutiendo para negociar el acuerdo final, cerrando el trato con un apretón de manos, sacando los billetes para contarlos ante ojos curiosos, guardándolos en la cartera el otro, a veces jurando ambas partes que había salido perdiendo en el trato, celebrándolo en ocasiones con algún trago... y contando después la hazaña de la manera más ventajosa (Gallego Muñoz, 2019: 124-125). Sin embargo, en las casas en las que no había varones eran las mujeres las encargadas de negociar. Posteriormente, los gorrineros que acudían a Bidaurreta iban ya con un precio fijado, sin posibilidad de negociación.



[Pepa Beloki, 1968-1969]

La relación de las mujeres con la **pesca** se producía también a través del comercio: ellas eran las que vendían lo que pescaban maridos, padres, hermanos... sin que conste ningún caso de mujer pescadora en la localidad.

Tampoco la **caza** parece estar entre las actividades propias del ámbito femenino. Este recurso era también una ayuda a la economía doméstica, no porque se destinaba a la venta sino porque paliaba la falta de carne en determinados momentos o ante ciertos imprevistos (la visita de parientes, por ejemplo), al tiempo que permitía variar la dieta o era una forma muy asequible de proporcionar una merienda en la taberna. Una vez cobradas las piezas, quedaba "*apañarlas*": hacerles un corte, "*quitarles el pijama*", limpiar... En estas tareas sí era mucho más frecuente la intervención de mujeres.

Ya se ha señalado antes que el objetivo era garantizar, en el mayor grado posible, el autoabastecimiento de la unidad familiar. Eso incluía, además de tareas orientadas a la producción como las que hemos mencionado, el **máximo aprovechamiento de los recursos naturales**. De ese modo, se podían proveer de combustible, alimento o herramientas, por ejemplo.

En este sentido, se han identificado como propias de mujeres tareas como **sarmentar**, es decir, recoger los sarmientos tras la poda; **hacer vencejos** para atar los fajos de cereal como si fueran cuerdas⁶; **tronzar troncos**, sobre todo si no había hombres en casa; recoger plantas medicinales, como el saúco, para la elaboración de ungüentos y pomadas; **recoger alimentos** del campo, como arañones, caracoles, etc.

Merece una especial mención la práctica muy extendida de **espigar**, que consiste generalmente en aprovechar aquello que ha quedado tras la recolección de la cosecha.

Aunque suele aplicarse, y de ahí toma el nombre, a la mies que queda sin recoger, también puede hacerse extensivo a cualquier otro producto. Se trataba de una labor propia de mujeres y de menores, pero a diferencia de otros lugares y épocas, en Bidaurreta no había "espigadoras" profesionales que vendieran lo obtenido, sino que el producto conseguido por estos medios se aprovechaba para casa y no siempre para la alimentación de personas sino también de animales. Por ejemplo, en los años en que la cría de cerdos experimentó un auge, se llevaban al campo para que aprovecharan lo que se pudiera ("*igual decían: 'en esa casa van a hacer parva y tienen habas'*, y procurabas ser la primera en llevar el cerdo").

⁶ La elaboración de cuerdas para casa, que se usaban para multitud de faenas, solía ser una actividad masculina. Más tarde llegarían los espartos, pero tenían el inconveniente de que "valían dinero".



[Las hermanas y hermano Goikoetxea Cilveti, 1934.
La nota manuscrita es la que figura en el reverso]

Un macho negro orgulloso de su cargamento
 2 canes muy bonitas,
 una carga desaminibelada
 2 cosas milia muy saladas
 Una moena muy graciosa
 y un buen muchacho que corona la
 fiesta ; todo lo vendo señores !
 por 30,000 reales
 ; Quien lo compra ? ; Quien ?
 a la una a las dos y a las
 tres ; Quien lo compra señores !

Sector secundario

La presencia de mujeres en el sector industrial fue cobrando importancia a medida que avanzaba el siglo XX, especialmente a raíz del desarrollo que este experimentó especialmente a partir de la década de los sesenta, y fue absorbiendo rápidamente mano de obra procedente de la agricultura (Sola Landa, 2019).

El carácter agrícola y ganadero de Bidaurreta en el siglo XX queda todavía más acentuado por la ausencia de un tejido industrial fuerte allí o en los alrededores que supusieran una inyección económica para el pueblo y atrajeran mano de obra femenina. Incluso, existían modelos industriales que empleaban a las mujeres en sus propios hogares, como ha sucedido en otras localidades en las que una empresa textil entregaba a una mujer una cantidad de piezas cortadas para que en un plazo determinado devolviera la prenda confeccionada. Sin embargo, no hay constancia de esa práctica en Bidaurreta, quizá por la ausencia de industrias de estas características en las inmediaciones.

Sí existen al menos dos referencias fabriles importantes. Por un lado, la **granja de Argal**, que a mediados de los años 60 se ubicó en la carretera de Belascoáin en dirección a Arguiñariz y que también contaba con oficina. Esa sede generó puestos de trabajo directos en Arraiza, Belascoáin, Etxauri... localidades desde las que diariamente se desplazaba gente a trabajar allá, aunque no tanto desde Bidaurreta. Lo mismo puede decirse de la segunda referencia, la fábrica de aguas del **Balneario de Belascoáin**. En ambos casos la mayor importancia sobre el tema que nos ocupa es, por un lado, el impacto indirecto, como demandantes de productos agrícolas a los que abastecían los pueblos de alrededor; por otro, que entre el personal requerido existían perfiles cualificados (oficina, laboratorio...) que constituían un nicho laboral para mujeres.



[Nicolás Ardanaz. Museo de Navarra, Pamplona]

Sector servicios

Lo que podríamos denominar sector servicios en la Bidaurreta de mediados del XX, la lista es muy reducida.

En primer lugar, habría que referirse al **comercio**. Aparte de la tienda (como en Echarri / Etxarri o Belascoáin) y de la carnicería (solo de carne de oveja, porque la llevaban los pastores), no existían otros establecimientos de carácter permanente. Esta circunstancia no debe extrañar en una localidad de pequeño tamaño, bien comunicada con los pueblos de alrededor y con la capital. Una muestra de esta realidad es que un oficio tan típicamente propio de mujeres rurales como el de "recardera" o "recadera" (de gran interés desde el punto de vista económico, pero también de la visibilidad social de estas mujeres vendiendo en un espacio público, como ha estudiado Ricardo Gurbindo Gil), no se daba en esta localidad por la facilidad de acceder a los productos sin necesidad de intermediarias.

Pero que no hubiera más tiendas no significa que la actividad comercial no fuera importante para muchas familias de Bidaurreta. Dejando aparte la compraventa de ganado mayor, más vinculada a los miembros masculinos de la familia, donde se manejaban cantidades mayores de dinero, pero cuya entrada era más esporádica, existía una amplia muestra de transacciones comerciales habituales lideradas por mujeres.

Ya se ha mencionado anteriormente la venta de pescado, aunque no en un establecimiento específico. Esta se daba por las casas o colocando un terrero en la calle para que las vecinas acudieran a comprar madrillas, barbos, anguilas, camarones... Para las familias que pescaban, aquel era "un arrimo" para la casa.

Lo mismo sucedía con la leche, cuyo excedente podía ser repartido a domicilio entre una clientela de Bidaurreta que no tenía vacas o también se llevaba a vender hasta Echarri / Etxarri o el Balneario, ampliando por tanto el radio comercial.

El Balneario, por cierto, también absorbía hortalizas de las huertas (tomates, pimientos, alubias...). Pero, además, estos productos se destinaban a circuitos más lejanos, a donde las mujeres de Bidaurreta se desplazaban con sus mulos: Izurzu, Muniáin... todo el valle de Guesálaz y hasta Munárriz, lugares donde quizá por el clima o la composición de la tierra no se daban tan bien las huertas como en Bidaurreta.

Mención aparte requiere la **venta de verdura, fruta (cerezas, nueces...), aves de corral, huevos**, etc. en Pamplona. Allí acudían las mujeres en autobús y además de colocar su mercancía en los mercados de la capital, como el de Santo Domingo, también contaban con una red más o menos extensa de comercios que se los compraban (en la calle Mañueta, en la calle Mayor cerca de San Saturnino...), como la afamada casa Torrens.



[Noticia cierre Belascoáin, 1980]

También había **tabernas** en casas particulares. En estos establecimientos no era posible encontrar a mujeres consumiendo, sin embargo, era típico que estuvieran como *"tabernerás"*: sirviendo, cobrando, preparando las cenas... Posteriormente este modelo de negocio cambió al de bar, un espacio alquilado por el Ayuntamiento, regentado por un hombre; de manera complementaria a este bar también había cenas (cocinadas y servidas por las mujeres de su familia) pero no en el establecimiento, sino en su casa.

En lo que respecta a las **comunicaciones**, el servicio de Correos y Telégrafos estaba cubierto. No existía, en cambio, un teléfono público en el pueblo, sino que en caso de urgencia se acudía al Balneario, donde había una telefonista.

El ámbito de la **salud** es particularmente interesante porque de nuevo observamos una fuerte presencia femenina. Así, el médico (varón) era el encargado no solo de diagnosticar y prescribir las medicinas, sino también de realizar las curas. No había en Bidaurreta ninguna figura que se asemejara a la de practicante o enfermera/o, aunque sí había 4-5 mujeres que ponían **inyecciones** (*"podíamos haber hecho cualquier chandrío, porque yo puse un montón. Y mira qué título tenía yo de poner inyecciones"*) o hacían curas.

Fuera del espectro formal y académico de la Medicina y sus representantes, los médicos, encontramos otro ámbito de sabiduría vinculado a la salud, pero en este caso basado en la observación, la práctica, el conocimiento del entorno y cómo aprovechar los recursos que este ofrece, y la transmisión oral. Se trata de la **medicina popular**, tradicionalmente muy vinculada a las mujeres, encarnada en el caso de Bidaurreta por vecinas que realizaban pomadas y ungüentos.

Y si hablamos de un campo también específicamente femenino, nos encontramos con el de la **ginecología y obstetricia**, en una época en la que las mujeres daban a luz en casa y no siempre con la ayuda del médico sino de otras mujeres, las *"parteras"* (*"Comadrona ya era con título. Aquí eran parteras"*). En estos casos, además de fórmulas ampliamente extendidas y utilizadas independientemente del lugar, resultaba fundamental la experiencia individual, de manera que cada una podía emplear sus propios remedios, por ejemplo, para hacer que la parturienta echara las parias (Satrústegui, 1977: 339).

En el extremo opuesto de la vida está la muerte, aunque una y otra van de la mano y no siempre media un largo intervalo entre ambas. En los últimos momentos encontramos en Bidaurreta que había mujeres requeridas para **"ayudar a morir"**. Su misión consistía en acompañar a la persona agonizante y a ellas se acudía en esos trances por su temple y por ser de confianza. Si la misión del cura era administrar la extremaunción a la persona próxima a fallecer, la de estas mujeres era acompañarla, tranquilizarla, e incluso quizá rezar con ella, buscando el bienestar emocional.

Y cuando el fallecimiento ya se ha producido, se recurre de nuevo a una mujer para **amortajar** el cuerpo⁷. En ocasiones, se trata de la misma persona que recibe a las criaturas, en calidad de *"partera"*, cerrando de nuevo el círculo.

⁷ También había hombres que amortajaban (*"el tío Jesús"*).

El sector de los cuidados

La mayoría de las tareas ejercidas por las mujeres “en el entorno restringido del hogar tenían como objeto principal la satisfacción directa de necesidades personales de otros seres (...) y muy pocas veces eran retribuidos con una compensación económica” (Gurbindo, 2020:68). Analizaremos aquí una serie de actividades cotidianas y esenciales predominantemente femeninas en torno a tres ejes fundamentales: la alimentación, el cuidado de la casa y el cuidado de las personas. Esta división es puramente organizativa ya que, en realidad, todas las tareas que se detallan pertenecen al ámbito de los cuidados, es decir, **ámbito “reproductivo” frente al “productivo”** asociado a los varones (por consiguiente, menos valorado que este y no retribuido) pero fundamental para que la mano de obra masculina de la familia, liberada de obligaciones domésticas, pudiera orientarse al mercado de trabajo. Este sector de los cuidados, de este trabajo no remunerado (Durán, 2012), omnipresente en la historia de las mujeres, no ha solido cuantificarse ni ha quedado suficientemente registrado en las fuentes oficiales: al realizarse en el ámbito de la familia no se basaba en contratos ni estaba monetarizado y además, precisamente por la cotidianidad de las actividades que engloba, no ha sido suficientemente valorado. Sin embargo, estaba presente a lo largo de toda la vida de las mujeres de clase trabajadora de Bidaurreta (y diríamos, de cualquier otro lugar), independientemente de que, además, acudieran al campo, a una fábrica o se dedicaran a la compraventa, por ejemplo.

Alimentación

Parece una obviedad decir que la alimentación es básica para la supervivencia. Pero merece la pena reflexionar en todos los pasos que hay que dar para que unas semillas de cereal acaben convertidas en un alimento esencial como era el pan, por ejemplo; o para que la carne de un cerdo sacrificado en diciembre aún fuera aprovechable en mayo; o para que meses después de que finalizara la breve temporada de cerezas todavía pudieran degustarse en forma de dulce.

Ya hemos visto la participación de las mujeres en tareas que forman parte de los ciclos agrarios y de cría de animales. Ahora nos detendremos brevemente en los procesos necesarios para que esas materias primas fuesen no solamente comestibles, sino que perdurasen.

A la hora de **elaborar el pan**, el horno lo podía preparar tanto el hombre como la mujer, pero todo lo relativo a la elaboración del pan era tarea femenina: cerner la harina, mezclarla en la artesa con agua y levadura casera, amasarla, dejarla que fermentara y cocerla.

En cuanto a la **matanza**, si bien los actos relativos a la muerte, limpieza y despiece del animal los realizaban varones, a las mujeres correspondía recoger la sangre para hacer las morcillas y preparaban el *mondongo*, que es el preparado para hacer los embutidos (*txistorra*, chorizo, longaniza y birica)⁸. También eran las encargadas de preparar el almuerzo y la cena para los hombres que habían intervenido en la matanza.

La elaboración de estos productos, fundamentales en la alimentación de la familia, implicaba también preparar y procesar otros ingredientes que se añadían, controlar las cantidades y proporciones de las mezclas, los tiempos de preparación, los puntos de cocción o de llenado... Incluso, después de tenerlos hechos, había que vigilar que no se malograsen durante su curación y controlar y corregir las condiciones de humedad que requerían, por ejemplo, mediante corrientes de aire o con humo. Por otro lado, el aceite permitía conservar los lomos en tinajas (a veces también chorizos) después de haberlos pasado por la sartén; la sal se usaba para curar jamones...

⁸ Mientras que en los tres primeros la carne procedía de partes nobles del animal, las biricas se elaboraban mediante la cocción de corazón, riñón, pulmón y cortezas de tocino. En cambio, otro tipo de embutido asociado a la gastronomía de Bidaurreta, como es el relleno, se elaboraba fuera del contexto de la matanza y más ligado a las ocasiones especiales, como las fiestas.



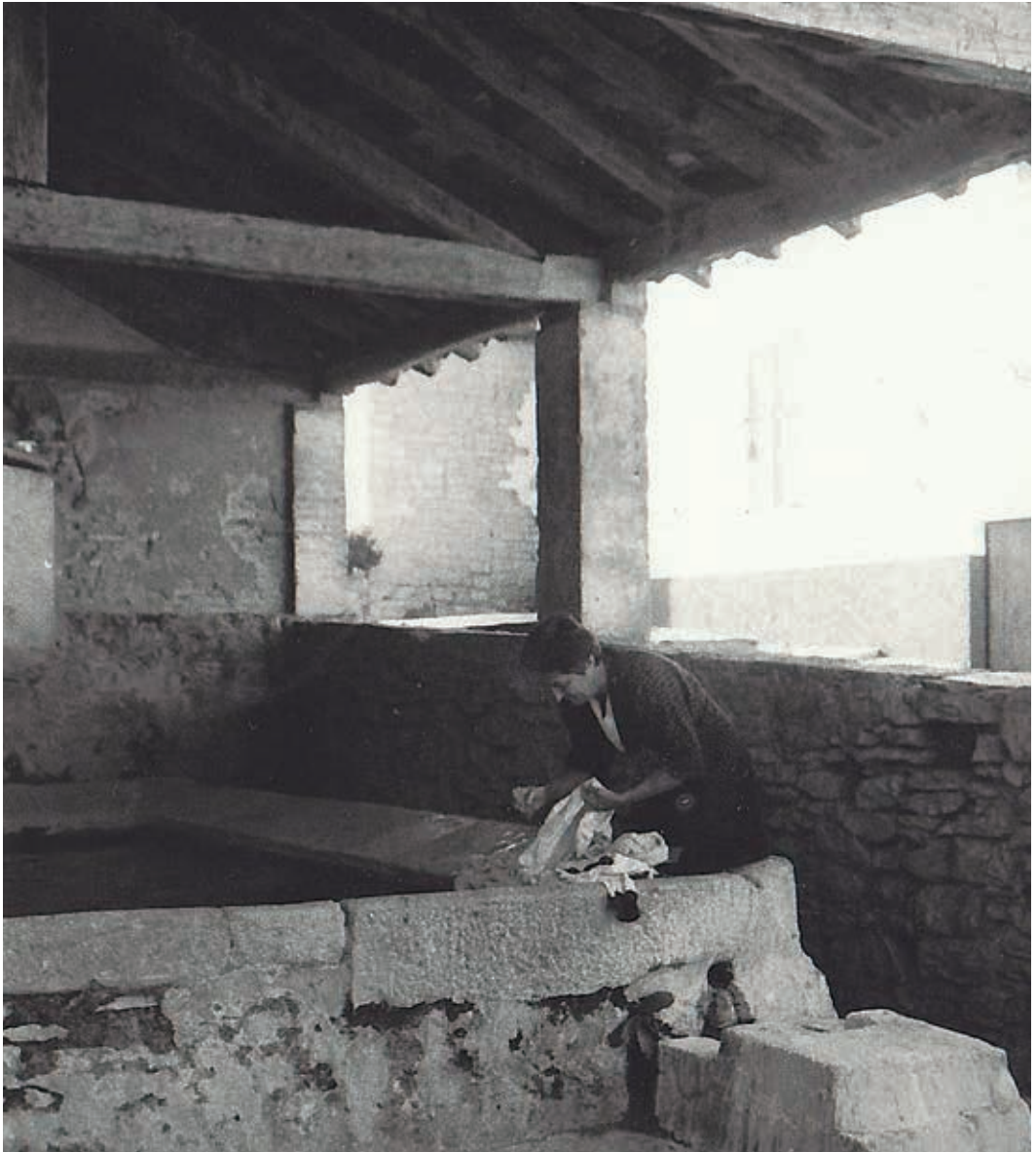
[Fotografías: Angelines, matanza, 2000]

Curiosamente, el estrecho contacto de las mujeres con estos procesos no impedía que circularan una serie de tabúes sobre cuándo podían o no realizarlos.

Así, una creencia muy extendida era que si las mujeres se encontraban con el periodo se perdía el mondongo.

Otro elemento fundamental en la alimentación familiar era la **elaboración de conservas**. En una época en que las casas no contaban con frigorífico, era fundamental proveerse de la mayor cantidad de alimentos para todo el año. Aunque en cada casa se elaboraba lo suyo (y a su manera), no sería infrecuente la ayuda mutua, dependiendo de las cantidades y de lo que apremiara el tiempo. Dependiendo del producto y las condiciones que necesitara, la manera de conservarlo podía ser una u otra. Los más habituales eran el tomate (en botellas con corcho), la elaboración de mermeladas y dulces (de cerezas, higos...), la elaboración de mostillo o arrope (uva), o las frutas deshidratadas (higos, orejones de melocotón, uva...).





[Rosamari Labiano, 1995]

Otro de los ámbitos de la esfera del hogar por antonomasia ha sido el **abastecimiento de agua** para la familia, esencial no solo para beber sino también para lavarse o cocinar. En tiempos en que no existía canalización hasta las casas, algo que en Bidaurreta sucedió a finales de los años cincuenta, y salvo en aquellas casas donde pudiera haber pozo, la fuente de cualquier localidad era frecuentada por niñas, mozas y mujeres. Además de lugares donde proveerse de agua, que transportaban hasta casa para el suministro familiar, las fuentes eran tradicionalmente un lugar de referencia para las mujeres, que en primera instancia se encontraban con sus iguales; y también un punto de encuentro casual (o no tanto) entre jóvenes de ambos sexos, cada quien en el desempeño de sus funciones (ellas, coger agua; ellos, llevar al ganado a beber al abrevadero normalmente situado en las inmediaciones) ante los ojos de la comunidad.

El mantenimiento del hogar

El **lavado de la ropa** es otra de las actividades femeninas por excelencia. Los lugares a los que se acudía a lavar la ropa, ya fuera el río o el lavadero, como en cualquiera de los dos que hubo en Bidaurreta, constituían un espacio de encuentro y socialización entre mujeres como lo eran las fuentes. Pero estos eran, ante todo, lugares donde desempeñar una tarea muy dura especialmente en invierno, que podía prolongarse durante horas, en posturas incómodas y que requería esfuerzo físico (no solo al lavar, también al transportar la ropa hasta el lugar). Además, el lavado de la ropa era uno de los oficios femeninos por excelencia (Ávila Ojer, 1999) y, de hecho, muy precarizado en los entornos urbanos donde las lavanderas eran más demandadas (Mendiola, 1998; Sarasúa, 2003).

En Bidaurreta hubo *“lavanderas”*, mujeres que acudían a lavar a otras casas, aunque no siempre a cambio de una remuneración económica sino por otras causas: en unos casos, por caridad (por ejemplo, si la madre de familia estaba enferma o había fallecido...); en otros, por trueque (a cambio por ejemplo de la cesión de un campo, de algún saco de trigo entregado en alguna ocasión, como contraprestación por haber recibido ayuda en ciertas tareas agrícolas...).

La **confección de la ropa** se realizaba mayormente en las casas, desde la ropa más visible a la interior (calzoncillos, sujetadores...). El punto y el ganchillo eran labores habituales, como también lo eran coser, zurcir o reparar las prendas las veces que hiciera falta. *“En casi todas las casas había una persona que tenía que aprender a coser para coser para todos [los de casa]”*.

La **limpieza del hogar y sus enseres** (vajilla...) también formaban parte de las obligaciones femeninas. Pero más allá de las tareas de mantenimiento diario, algunos enseres requerían periódicamente una puesta a punto en la que las mujeres solían tener un papel protagonista. Así sucedía con los colchones de lana una vez al año, en una rutina que implicaba deshacerlos, varear la lana, limpiarla, volverla a meter, volver a coserlos. Aunque normalmente esta tarea se realizaba para casa, en algunas ocasiones se encargaba a alguien que lo hiciera, pero siempre en un contexto muy informal: *“Era [decir]: ‘ya me vendrás a hacer los colchones’”*. Consultadas sobre la denominación de estas mujeres podía ser la de *“colchoneras”*, las asistentes a la sesión participativa aseguraron que *“no había ni nombres ni nada”*; *“no tenían título las pobres”*.

[Nicolás Ardanaz. Museo de Navarra, Pamplona]





[Nicolás Ardanaz. Museo de Navarra, Pamplona]

El cuidado de las personas

Como asegura Pilar Erdozáin, “la historia de las cuidadoras informales (abuelas, madres, nodrizas y criadas) y de las profesionales sanitarias (médicas, matronas, enfermeras) solo puede construirse desde una perspectiva de género” (Erdozáin, 2019: 2).

La **crianza** era cosa de las madres, las abuelas “y *las hijas mayores*”. Una crianza que incluía la alimentación por parte de la madre (o de otra mujer si la primera fallecía, estaba enferma o no tenía leche, dando lugar así a “hermanos/as de leche”⁹), la limpieza de las criaturas (en una época en que los pañales se lavaban a mano), el cuidado de su salud, su protección y vigilancia.

En los primeros años, las mujeres de la familia también desempeñaban una tarea crucial en la educación y socialización de las nuevas generaciones al transmitirles los primeros conocimientos sobre la lengua, el entorno más inmediato, las normas no escritas que regían la casa y la vida de la comunidad y también al ir introduciendo a cada nuevo miembro de la familia en las obligaciones y comportamientos que le eran asignados en base a su sexo biológico.

La **atención a personas dependientes** era también un aspecto destacado dentro del ámbito de los cuidados femeninos era aquellos que se proporcionaban a las personas mayores, enfermas y dependientes, quienes “*hasta morir estaban en casa*”. Pero las redes de cuidados podían extenderse más allá del hogar y mezclarse con las de vecindario. Así, se han recogido testimonios relativos a un hombre sin familia cercana al cual una de las mujeres consultadas recordaba cómo durante mucho tiempo le estuvo llevando el desayuno, quizá en alguna época en la que no podía valerse por sí mismo; otra señalaba que este mismo señor acudía muchas veces a su casa a calentarse.

⁹ Por ejemplo, a la tía Julia la crió Tomasa, de casa de Lazkano. También en casa de Macaya había un hermano de leche. (Antona Erdozain y Armendariz Murillo). Sin embargo, dadas las características socioeconómicas de Bidaurreta no se tiene constancia de ninguna nodriza ni ama de cría, más propio de clases más acomodadas y de épocas anteriores.



[Nicolás Ardanaz. Museo de Navarra, Pamplona]

Oficios y trabajos de mujeres

Hasta ahora hemos esbozado el marco general en el que durante generaciones se desarrolló la vida de las mujeres de Bidaurreta y que marcaba las tareas y actividades cotidianas en las que intervenían y con las que contribuían al mantenimiento y bienestar de la familia y al desarrollo económico del pueblo. Unas actividades que en la mayoría de los casos se considerarían obligaciones o responsabilidades familiares, aunque solo algunas de ellas eran remuneradas. Es decir: **eran trabajos, no empleos**. Además, la propia economía de subsistencia de Bidaurreta, la estacionalidad de algunas tareas, etc. hacía que no siempre estas se convirtieran en oficios como tales, por mucha habilidad y especialización que requirieran. Como las asistentes a la sesión participativa señalaban, *“no han llegado a ser oficios”*.

Sin embargo, dentro de esta pauta general hay algunas excepciones, de tal manera determinadas labores realizadas por mujeres tienen cierta consideración social (no necesariamente), cierta diferenciación frente al resto que se refleja por ejemplo en el nombre de un oficio. Era lo que ocurría con las *“lecheras”* que ordeñaban y repartían la leche, aunque curiosamente una actividad tan extendida como llevar a vender todo tipo de productos al mercado o a otros pueblos no se traducían en nombres como *“vendedoras”* o *“verdajeras”*, que sí está presente en otros territorios (Labayru, 2021).

También ocurría así con las *“cocineras”*, mujeres que en determinados momentos podían ser requeridas para ese fin en otra casa de Bidaurreta, percibiendo por ello algún tipo de retribución. Sin embargo, cuando se trataba de cocinar con ocasión de algún funeral, era una ayuda importante en un momento en que una familia que había perdido a un ser querido debía organizar un ágape¹⁰ multitudinario. También en el marco de la ayuda mutua (no remunerada económicamente) tenemos a las *“mondongueras”*, a quienes se recurría por su habilidad.

Aunque desde muy temprana edad niños y niñas adquirían obligaciones en la familia, y contribuían por tanto a su mantenimiento, la propia realidad familiar marcaba el momento en que esa contribución individual era especialmente necesaria (*“Mi hermana me crió a mí porque mi madre estaba siempre mala. Y ella me crió, con once años”*). En este sentido, las habilidades adquiridas permitían acceder a nichos laborales. Así lo indica una de las mujeres que acudieron a la sesión participativa: *“En esa época cumplías la escuela con 14 años y en casa, que éramos un montón, te decía la madre: ‘aquí ya no puedes estar más. Tienes que buscarte la vida’. Y te ibas a donde podías: a servir... a un taller de confección...”*.

¹⁰ Otra forma de ayuda vecinal en esos momentos era prestando vajilla.

Así, una opción era pasar a servir otra casa de manera más estable, ya fuera en la localidad o, más frecuentemente, en otros pueblos (por ejemplo, en Etxauri), en la capital o en Usurbil, en cuyo sanatorio psiquiátrico encontraron empleo varias mozas de Bidaurreta. El servicio doméstico fue uno de los principales empleadores de mano de obra femenina. Las propias protagonistas explican por qué: *“Antes no había medios como ahora, entonces tenías que salir a servir por narices. Estudiar, ¿de qué? (...) Coche, no tenías (...) Entonces por narices tenías que salir a servir”*. **Dentro de las “sirvientas” entraban ocupaciones como las de cocinera, niñera, lavandera, o doncella** (*“mi madre fue doncella”*). Aunque las condiciones laborales de estas mujeres podían ser muy diferentes de una casa a otra y también dependiendo de la época, el de cocinera era el mejor considerado. Una de las ventajas de ser sirvienta por ejemplo en la capital era que el alojamiento estaba asegurado.

El servicio doméstico podía ser también la antesala de la **hostelería** en cualquiera de sus ámbitos: en la cocina de un bar, fonda o restaurante; sirviendo las comidas; limpiando las habitaciones...

La costura también es un ámbito interesante, por situarse muchas veces a caballo entre la economía informal y la formal. A diferencia de otras localidades en que había “costureros” donde las mozas aprendían corte y confección, en Bidaurreta no hay constancia de ellos. Tampoco de que ninguna mujer ejerciera como **modista** o como **costurera**, aunque fuera a nivel informal. Más bien, lo que se ha constatado es la existencia de acuerdos entre vecinas a la hora de probarse ropa, hacer arreglos... Pero en Pamplona / Iruñea existían talleres de confección que posibilitaban también una especialización mediante un aprendizaje, de manera que eran sitios donde además de coser se enseñaba a hacerlo.

Otro nicho laboral podía ser el del comercio. Ya se ha mencionado la costumbre extendida de acudir al mercado o a tiendas particulares a vender productos obtenidos de la huerta, el corral o los frutales. Por otro lado, los mercados y tiendas (especialmente de alimentación, pero también de otras ramas) también han sido tradicionalmente espacios con una amplia presencia de mujeres, dado que ellas se encargaban de proveer lo necesario para casa. De manera lógica, el comercio asumió como mano de obra a mujeres que se emplearon como **“dependientas”** en pescaderías, zapaterías, etc.

En cuanto a las fábricas, ya se ha comentado anteriormente el papel de empresas como Argal o el balneario de Belascoáin como empleadoras de mujeres, ya fuera como **“obreras”** pero también **“en oficina”** o **“en laboratorio”** (curiosamente, en estos casos no se designa tanto qué se hace sino dónde).

Condiciones y posibilidades de ascenso social

Las condiciones que marcaron las condiciones laborales de estas mujeres son una combinación de factores personales (habilidad, interés, expectativas...) pero también externos (necesidades familiares, relación entre la oferta y la demanda en un sector laboral específico...). Además, los salarios podían cambiar mucho dependiendo de los sectores o de las empresas: una asistente a la sesión participativa contaba que de cobrar 600 pesetas en el balneario de Usurbil pasó *“a 2.500 en verano en un restaurante”*. Sin embargo, otro testimonio recogido decía: *“Yo he conocido cantidad de gente que estaban sirviendo en casas y no les pagaban un seguro”*. Otra, empleada en las oficinas de una fábrica, contaba lo siguiente: *“A mí me dijeron que me iban a pagar 5.000 pesetas. Y en el primer sobre que me pusieron, me pusieron 10.000 (...). Ni me lo creía. Me puse mala cuando vi aquello (...) Pero luego te tocaba hacer de todo, aprendí de todo”*. En definitiva, las experiencias personales fueron muy variadas.

Ningún trabajo se despreciaba, pero había diferente consideración de unos a otros: *“ser sirvienta o estar en un laboratorio o en una oficina había mucha diferencia. Y de ser sirvienta a estar en una tienda también había diferencia”*. Conocer esa realidad favorece la movilidad social, porque ayuda a tomar determinadas decisiones considerando no solo o no tanto el presente inmediato

(como sucede en una economía de subsistencia) sino calculando las opciones a medio y largo plazo. Es así como encontramos por ejemplo chicas que iba a servir pero estudiaban a la vez, aumentando sus posibilidades de cambiar de sector laboral en un momento determinado.

Precisamente en el ámbito de la educación femenina (y de la mentalidad respecto a la educación femenina) se va produciendo un cambio de gran importancia. A medida que va avanzando el siglo y cuando la coyuntura económica familiar y la mentalidad lo permiten, los estudios comienzan a considerarse también para las chicas una inversión, un medio para alcanzar un mejor nivel de vida, aunque procurando que las profesiones a los que estos estudios se orientaban no entraran en conflicto con los roles femeninos. Así, en aquellos casos en que la maestra les decía a los padres que la chica “*valía para estudiar*”, cabía la posibilidad de ir a Ciriza a recibir clases para sacarse el bachillerato por libre y acceder a estudios que les permitirían emplearse en ámbitos como la Educación, la Salud, el mundo empresarial o también la propia Administración. Las opciones más habituales para cualquier chica que pudiera y quisiera estudiar en la segunda mitad del siglo XX serían las de Secretariado, Laboratorio, Enfermería o Magisterio. Aunque se trataba de una oferta relativamente limitada, no hay duda de que suponía avanzar enormemente en la visibilidad profesional de las mujeres. La evolución de su presencia en estos campos es especialmente interesante como reflejo y también como motor de otros cambios sociales (Berruezo, Casanova y Ema, 2019; Maiza Ozcoidi, 2019).

Por tanto, un elemento a tener en cuenta a la hora de valorar los trabajos de las mujeres de Bidaurreta tiene que ver con su proactividad, con la búsqueda de nuevas oportunidades dentro y fuera del pueblo para integrarse en un mercado laboral todavía muy restringido a las mujeres. Uno de los testimonios recogidos lo ilustra: “*Luego, tampoco había fábricas para poder elegir (...) eran hombres, eran hombres. Tampoco para mujer había mucha cosa que dijera ‘yo puedo entrar ahí’ (...)*. En el caso de Argal, una empresa con alto porcentaje de contratación femenina, los hombres estaban “*o encargados o donde hacía falta más fuerza*”; la oficina se ofrecía por tanto como una oportunidad laboral.

Es en este ámbito de las condiciones y la movilidad social donde observamos un cambio entre la realidad de aquellas mujeres nacidas entre los años 1930-50 que acudieron a la sesión participativa y la contaban que habían vivido sus madres o abuelas (y que conocían bien por haber sido testigos directas o porque se las habían relatado las protagonistas, es decir, las mujeres de Bidaurreta de generaciones anteriores). Preguntadas sobre oficios o actividades propios de mujeres en tiempos de sus madres o abuelas, una característica constante era que se trataba de trabajos estacionales (injertando, limpiando remolacha...) o puntuales (arreglando colchones, lavando ropa, amortajando, ayudando en los partos...) que simultaneaban con otros (“*tu madre era además [de colchonera], injertadora*”). Por otro lado, se trataba de actividades no remuneradas, al menos, no en dinero, sino regidos por otros conceptos que regían las relaciones sociales en base a códigos de ayuda mutua: los lazos de parentesco y de vecindad, la caridad, el trueque... Por último, aunque no había “*oficios*” específicos de solteras, de viudas o de casadas, sino que en general “*todas hacían de todo*”, se observa que determinados ámbitos (poner inyecciones, hacer de parteras, “*ayudar a morir*”, amortajar) eran propios de mujeres mayores, habitualmente casadas o viudas.

Las mujeres y el mantenimiento de la comunidad

Hasta ahora hemos analizado las actividades realizadas por mujeres en Bidaurreta desde una perspectiva laboral e individual, señalando las características principales de cada uno de los trabajos o de los oficios identificados. Pero hay una serie de labores que se realizan no tanto para otra persona sino en beneficio de la comunidad o que de alguna manera cuentan con una consideración especial dentro de esta. En ese sentido, encontramos por un lado verdaderos oficios, como el de **maestra**.



[Nicolás Ardanaz. Museo de Navarra, Pamplona]

Es el caso del alguacil, un cargo vinculado a la administración local y que de manera generalizada solía ser desempeñado por un hombre. Sin embargo, en Bidaurreta hay constancia de que cuando esta figura pasó a ser designada por turnos también las mujeres podían ser **“alguacilas”**. Se trataba además de un cargo que iba con la sacristanía, otro papel muy presente en una sociedad fuertemente influenciada por el peso de la religión y de la Iglesia.

Los sacristanes eran hombres asalariados de la iglesia y, como tales, tenían una serie de obligaciones que incluían ayudar y acompañar al sacerdote, tocar la campana, dirigir el rosario, etc. También las relativas a la limpieza del templo, que sin embargo realizaban su mujer o sus hijas. Si en algún momento el titular no podía realizar alguna de ellas (por ejemplo, el toque de campanas, por hallarse enfermo) era su mujer la que automáticamente se encargaba de ello aunque **sin recibir el título de “sacristana”**.

También dentro del ámbito eclesiástico tenemos la figura de la **“ama cura”**, la mujer que atendía al sacerdote en cuestiones relativas a su alimentación, limpieza del hogar, etc. y que además le transmitía información sobre su feligresía (*“le contaba los chismicos, si ibas con calcetines o con medias o sin nada”*). Esta mujer solía pertenecer a la familia del sacerdote (su madre, su hermana...), aunque en ausencia de estas quizá la del cura podía suponer una oportunidad laboral más a la hora de entrar a servir.



[Chicas de Bidaurreta en bikini en verano] (¿Qué pensaría la “ama cura”?)

También en beneficio de la comunidad y como parte de los usos sociales basados en el trabajo en común encontramos el *auzolan*. Aunque este era un ámbito de participación eminentemente masculina, por el tipo de tareas que se realizaban (limpieza de caminos...) existían otro tipo de tareas con un espíritu similar que realizaban mujeres, aunque teóricamente estaban fuera del *auzolan*. Es el caso de las fiestas patronales y de las celebraciones importantes (como Semana Santa, por ejemplo), ocasiones en que las mujeres se movilizaban para preparar los altares. Además, en esas fechas la limpieza de las calles se realizaba de una manera más profunda que las habituales tareas de mantenimiento de aquella parte de la calle que correspondía a cada casa.

Por otro lado, y sin salir del marco festivo, en otras localidades se ha identificado como una forma de colaboración femenina con el *auzolan* por parte de mujeres que no contaban con ningún hombre en la familia la de acoger a los músicos durante esos días. Esa costumbre también se dio en Bidaurreta (aunque no se ha podido verificar si era dentro del *auzolan* o como otra muestra de la participación vecinal igual que se ofrecía bebida y pastas a los acordeonistas y a la charanga que hacía una ronda por el pueblo). Posteriormente, los músicos dejaron de estar repartidos entre las casas del pueblo para pasar a alojarse en Etxauri.

Por último, contamos con la participación de mujeres en la organización de chocolatadas, cenas populares, etc. sobre todo en fechas más recientes, a raíz de la creación de Saigola.

Trabajo dentro y fuera del hogar. El delicado tema de la **conciliación**

El género también atraviesa por completo la percepción y la gestión del tiempo. En el caso de las mujeres trabajadoras de zonas rurales nacidas en la primera mitad del siglo XX en un contexto de economía de subsistencia, en una mentalidad que exigía de las mujeres (en mayor medida que de los hombres) que antepusieran las necesidades del resto de la familia a las propias, el tiempo que ellas podían dedicar a sí mismas era realmente escaso, como demostró Jone Alastuey en su investigación sobre este tema centrada en el valle de Roncal (Alastuey, 2014).

La casa, la huerta, el campo, la venta de excedente, el lavado de la ropa, la ayuda a las vecinas si alguna la requería, la costura, el procesamiento de los alimentos, todas estas tareas y más formaban parte del día a día para casi cualquier mujer de Bidaurreta con responsabilidades familiares. Y es que otro elemento crucial es la maternidad y/o el cuidado de las personas dependientes. Sin embargo, era una realidad naturalizada, como demuestran algunos comentarios compartidos en la sesión participativa:

- ✓ *“Había que estar en sesenta sitios, pero era el trabajo de la casa”.*
- ✓ *“Yo veía a la mamá: a la mañana hacían la comida. Limpiezas no hacían como las hacemos ahora, pero... Con un pantalón grande de papá les hacía dos a los pequeños, pero eso por la tarde... Pues eso lo ves normal, estar haciendo las cosas”.*
- ✓ *“En la remolacha hacía un frío... Había épocas que sí estabas cansada: no me digas a mí épocas cuando ibas a sarmentar toda la mañana, llegabas a casa, tenías que hacer la comida, esto, tal, tal, tal...”.*
- ✓ *“La verdad es que la mayoría eran heroínas. Yo no sé cómo llegaban... Yo no sé cómo llegaban”¹¹.*

Una de las maneras de que llegaron era, precisamente, por las denominadas “cadenas de cuidados”, es decir, delegar en determinados momentos el cuidado de las criaturas (o de las personas dependientes) para poder dedicar ese tiempo a otra actividad igualmente necesaria para el mantenimiento de la familia:

- ✓ *“Los hermanos mayores se iban encargando de los pequeños. Era la única manera de poder conciliar un poco las mujeres”.*

Pero conviene resaltar que esa conciliación no era tanto entre el trabajo y la vida personal, sino entre diferentes esferas del trabajo: las tareas realizadas para casa y aquellas que le permitían obtener algún dinero o producto que reinvertía también en la casa o que constituían la devolución de una ayuda recibida anteriormente, por ejemplo.

¹¹ También se comentó como anécdota el caso de una mujer mayor, madre de familia numerosa, para la que en su época ir a dar a luz y estar ingresada en el hospital venía a ser casi “como estar de vacaciones”.



[Nicolás Ardanaz.
Museo de Navarra,
Pamplona]

Por suerte, “frecuentemente las mujeres han sabido revertir sus ámbitos de ‘obligaciones’ para transformarlos en ámbitos festivos, si entendemos como tales los lugares de encuentro, comunicación y algazara” (Juliano, 1989: 36). Es así como la fuente, el lavadero o la tertulia en la puerta de casa seguían constituyendo momentos de trabajo dentro de las labores “propias de su sexo”, pero se convertían también en espacios de libertad compartida con sus iguales, hasta tal punto que muchas veces es ese recuerdo el que predomina sobre el de cansancio físico, aunque este se produjera (Gallego Muñoz, 2010).

✓ *“Y los sábados por la noche, zurcir calcetines porque el domingo había que llevar a misa”.
“Yo me acuerdo que mi madre salía con una canasta de calcetines ahí a la puerta de la calle a remendarlos, a echar talones... Y los sacos para el grano, para la cosecha, unos montones... Y allí todas sentadas... Era muy bonito”.*

Un ambiente extensible también a otros momentos de trabajo compartidos con la familia, como la desgrana de maíz o la recogida de cerezas.

✓ *“Toda la familia desgranando y contando cuentos y cosas, o rezando el rosario... Era más bonito que ni sé”.*
✓ *“Hemos pasado una niñez bien bonita”.*

Paradójicamente, los nuevos tiempos trajeron innovaciones tecnológicas que facilitaron y acortaron algunas de las tareas más pesadas en el hogar, pero la conciliación familiar y laboral siguió (y sigue) siendo una asignatura pendiente. La plena incorporación al mercado laboral no trajo consigo un reajuste en el reparto de responsabilidades en el ámbito de la familia y la doble jornada se convirtió en una realidad (que vino para quedarse) y que, vista en perspectiva, mejor tomar con humor:

✓ *“Al final acabas como acabas. No sabes cómo has salido de esto, pero has salido”.*

Independientemente de las actividades laborales que esas mujeres han desarrollado a lo largo de su vida, “aquí todas somos licenciadas en ama de casa [risas]”.

Pero si en el hogar no siempre parecía contar que se tuviese además una jornada laboral remunerada, en el ámbito laboral no siempre parecía contar que la empleada no tuviera que desempeñar roles de cuidados. Así, en el último cuarto del siglo XX en la oficina todavía llegaban a darse situaciones como esta:

✓ *“Pero sí que te tocaba, como mujer, por ejemplo, yo que estaba sola, si alguien se caía o se hacía alguna herida y todo tenía que curar yo. Estábamos seis u ocho hombres y yo estaba sola. Pues cualquier cosa que pasaba tenía que hacer la mujer. Y limpiarte, tenías que limpiarte tú la oficina... Chica para todo”.*

Va por ellas: mujeres referentes en Bidaurreta

Este apartado pretende recuperar al menos algunos nombres de mujeres cuya habilidad, sabiduría, capacidad de trabajo representan a tantas y tantas otras¹².

INJERTA:

Había mujeres que eran especialistas que iban por varias casas a hacerlo como:

- Genara Ciriza Hualde**, de Casa Palacio
- Josefa Unzu Unzu Echalecu**, de Casa del sastre
- Agustina Itoiz Latorre**, de Casa Itoiz (casada a Casa Gorricho)
- Dámasa Villanueva Ezcurra**, de Casa Ezkurra, (*"la Damasa"*)
- Ascensión Azcárate Eraso**, de Casa Azkarate (casa donde el frontón)

COCINERAS:

Algunas mujeres eran requeridas para cocinar en ocasiones en que acudían muchos parientes a casa, por ejemplo, en fiestas (Belascoáin, Echarri / Etxarri, Etxauri...):

- Sabina Olleta Villava**, de Casa García
- Felipa Tabar Razquin**, de Casa Razquin (casada a Casa del albañil)
- Agustina Itoiz Latorre**, de Casa Itoiz (casada a Casa Gorricho)

ELABORACIÓN DE CONSERVAS:

- María Zabalza Elizalde**, de Casa Babil, sabía muchas formas de conservar frutas

PONER INYECCIONES:

- Eugenia Berrondo Churío**, de Casa Berrondo (casada a Casa de Razquin)
- Asunción Sarasa Ekiza**, de Casa de Apezanekoa
- Francisca Donazar** (*"Doña Paca"*)
- Pili Ibero Ciriza**, de Casa Antonino (*"la Pili la de Antonino"*)

¹² La mayoría de los nombres proceden de "Los oficios de las mujeres de Bidaurreta en la primera mitad del siglo XX" realizado por Irene Antona Erdozain y Begoña Armendariz Murillo y, en mucha menor medida, de la sesión participativa. En algunos casos no se conoce el apellido. En otros, se han escrito respetando el nombre o el apodo por el que se conocía a estas mujeres (a veces, en relación con su marido, su casa, su filiación...), incluyendo el artículo "la" al inicio (la Agustina, la Pili...) por considerar que este tipo de denominaciones pertenecen al habla popular de Bidaurreta.

ELABORACIÓN DE POMADAS:

Eugenia Berrondo Churio (*"Podía hacer milagros aquella pomadica"*)

María Anocíbar Salvide, de Casa Zurgin

PARTERAS:

Concesa Echauri Eraso, de Casa Macaya

Agapita Echalecu Ibarrola, de Casa del sastre (*"la Agapita la del sastre"*)

LAS QUE "AYUDABAN A MORIR":

Nicolasa Tabar Razquin, de Casa Razquin (casada a Casa zapatero)

Asunción Sarasa Ekiza, de Casa Apezanekoa

AMORTAJADORAS:

Agapita Echaleku Ibarrola, de Casa del sastre (*"la Agapita la del sastre"*)

Felipa Tabar Razkin (la gente decía: *"Felipa tiene cuajo para amortajar"*)

MAESTRAS:

Francisca Donázar Garciriain, (*"Doña Paca"*)

Atendía a más de cincuenta criaturas de diferentes edades

COBRAR LOS RECIBOS DE LA CAJA:

Pili Ibero Ciriza

ATENCIÓN A PERSONAS NECESITADAS:

Asunción Sarasa Ekiza, de Casa Apezanekoa.

Recogió pobres en su casa hasta el final, *"les daba de comer de donde no tenía"*

Conclusión

El desarrollo económico y social de Bidaurreta no podría entenderse sin tener en cuenta la aportación realizada por las mujeres. Por eso hemos querido recuperar la memoria de aquellas últimas generaciones que conocieron una economía de subsistencia con una metodología que combina la documentación impresa y la oralidad. Además, a diferencia de otros estudios basados únicamente en trabajo de gabinete, se ha buscado que este se nutriera también de procesos participativos (testimonios de informantes locales, sesión de discusión, aportación de material fotográfico...) para garantizar el protagonismo de la comunidad local.

Las responsabilidades de las mujeres en esa Bidaurreta que fue eminentemente agraria hasta los años 60 del siglo XX se centraban en garantizar el mayor bienestar posible a su familia. **Eso implicaba realizar todos los días multitud de actividades en el interior del hogar y en el exterior del mismo, pero sin que esas tareas perdieran su carácter doméstico.** Así, ver a una mujer caminando por la calle significaría, en la mayor parte de los casos, que se dirigía a la huerta, al lavadero, a vender leche a una vecina, a echar de comer a los patos, a llevar alguna verdura a vender, al campo a hacer cualquier faena que el ciclo agrario determinase en ese momento... o que venía de realizar cualquiera de esas tareas. Y observarla sentada en la calle charlando con vecinas permitiría ver que entre sus manos sostenía una labor de costura, que vigilaba el juego de un grupo de niños y niñas... o ambas cosas.

Al tratarse de tareas realizadas para la familia, no se trataba de empleos remunerados. Incluso, cuando se hacían para otra familia ajena, entraban dentro del concepto de ayuda mutua, de *"ordea"*, un sistema de reciprocidad que aliviaba en parte la escasez material que existía en la inmensa mayoría de las casas de Bidaurreta.

Estas mujeres quizá "no tenían títulos", pero sabían mucho de muchas cosas. Sobre todo, de salir adelante y de sacar adelante a sus familias con lo poco que había. Cualquier actividad, por pequeña que pudiera parecer, era *"un arrimo"* para la familia, por eso se empezaba pronto: cuidando al resto de hermanos/as mientras la madre podía ir al mercado a vender unas alubias, yendo lo mismo a lavar la ropa que *"borrocinar"* al campo, aprendiendo a coser, acompañando a la madre a llevar alubias y huevos al mercado para sacar unas pesetas, entrando como sirvienta en una casa, estudiando para tener más opciones en el mercado laboral y ganar más dinero para ayudar en casa... Muchas de estas actividades, por cotidianas, nunca han ocupado espacio en las páginas de la Historia, la Estadística o la Economía, pero demuestran que estas mujeres han sido verdaderos agentes de cambio social. Una realidad totalmente alejada de los prejuicios que habitualmente rodean a las mujeres rurales de generaciones anteriores a la actual y que proyectan cierta imagen de ignorancia, atraso y pasividad. **Por eso es de justicia acercarse a sus experiencias desde el reconocimiento a su trabajo, y preguntarles para que sean ellas quienes lo cuenten.**

Bibliografía

Alastuey Garcia, Jone. (2014). *1920. hamarkadan Erronkari Ibarrean jaiotako emakumeen bizimodua: denboraren kudeaketa eta honetan genero-sistemak duen eragina*. Euskal Herriko Unibertsitatea, Ikerketa Feministak eta Generoko Masterraren Ikerketa lana, 2013-2014. ikasturtea.

Antona Erdozain, Irene. Armendariz Murillo, Begoña. "Los oficios de las mujeres de Bidaurreta en la primera mitad del siglo XX". Inédito.

Archivo de la Administración de Navarra. (2019). <https://www.fondoscontemporaneosnavarra.es/es/de-mujeres-y-documentos>

Lana Berasain, José Miguel. "De mujeres y documentos, 5. Mujeres en la agricultura". www.navarra.es/NR/rdonlyres/0006e8b5/qbuxzthetoodqbfzwnjqgynnvjnxalob/MujeresenlaAgricultura.pdf

Sola Landa, María Teresa. "Obreras y trabajadoras". www.navarra.es/NR/rdonlyres/0006d6d3/zhexrshthkddvrmddbsoshrxqbboldv/Obrerasytrabajadoras.pdf

Berruezo, Reyes; Casanova, Juan José; Ema, Javier. "Maestras y alumnas". www.navarra.es/NR/rdonlyres/0006f29e/myemsavpvftkllmrpenmsyiousaufbljw/Maestrasyalumnas.pdf

Maiza Ozcoidi, Carlos. "La mujer en el ámbito administrativo. La velada transición de mecanógrafas a técnicas". www.navarra.es/NR/rdonlyres/0006e0c7/vmvzezcckhlnrngxkrzjfzacasorwqdaq/Mujeresenelambitoadministrativo.pdf

Erdozain Azpilicueta, Pilar. "Cuidadoras y sanitarias". www.navarra.es/NR/rdonlyres/0006efeb/twsjjxhopwedvjvtdsjhlylmhxtjffh/Cuidadorasysanitarias.pdf

Ávila Ojer, Inmaculada. (1997). "Lavaderos en la Cuenca de Pamplona", en *Cuadernos de etnografía y etnología de Navarra*. Año 29, nº 70, págs. 289-304.

Borderías, Cristina. (1989). "Las mujeres, autoras de sus trayectorias personales y familiares: a través del servicio doméstico". *Historia y fuente oral nº 6. Otras miradas*, pp. 105-121.

Borderías, Cristina. (1993). *Entre línea. Trabajo e identidad femenina en la España contemporánea: La Compañía Telefónica, 1924-1980*. Barcelona: Icaria.

Bravo Suescun, Carmen. (2012). *De la domesticidad a la emancipación. Las mujeres en la sociedad navarra (1961-1991)*. Gobierno de Navarra, Instituto Navarro para la Igualdad y la Familia.

Cabrera, Luis Alberto (2005). *Mujer, trabajo y sociedad (1839-1983)*. Madrid: Fundación F. Largo Caballero.

Del Valle, Teresa. (1983). "La mujer vasca a través del análisis del espacio: utilización y significado", en *Lurralde*, nº 6, p.251-269.

Del Valle, Teresa. (1999). "Procesos de la memoria: cronotopos genéricos", en *Áreas: Revista internacional de Ciencias sociales*, nº 19, págs. 211-226.

Díaz, Pilar. (2001). *El trabajo de las mujeres en el textil madrileño. Racionalización industrial y experiencias de género (1959-1986)*. Málaga: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga.

Díaz, Pilar. (2003). "Memoria e identidad de las mujeres: nuevas fuentes de estudio", en De la Rosa, Cristina: *La voz del olvido: mujeres en la historia*. Universidad de Valladolid, pp. 203-220.

Díaz, Pilar. (2012). "Las fuentes orales y la construcción de relatos biográficos", en Llona, Miren (coord.): *Entreverse. Teoría y metodología práctica de las fuentes orales*. Bilbao: Universidad del País Vasco, pp.187-216.

Durán, Ángeles. (2012). *El trabajo no remunerado en la economía global*. Bilbao: Fundación BBV.

Folguera, Pilar. (1987). *Vida cotidiana en Madrid. El primer tercio de siglo a través de las fuentes orales*. Madrid: Comunidad, Consejería de Cultura y Deportes, D.L.

Folguera, Pilar. (1994). *Cómo se hace historia oral*. Madrid: Eudema.

Gallego Muñoz, Beatriz. (2019). *Relatos de sociabilidad tradicional. El patrimonio inmaterial del valle de Zuia*. Zuiako Udala, Murguía / Murgia.

Gallego, Beatriz. (2010). "Una aproximación a la sociabilidad femenina y a la creación de la conciencia de género: los lavaderos en el mundo rural alavés", en euskonews nº 578. <http://www.euskonews.com/0578zbk/gaia57802es.html>

García-Orellán, Rosa. (2012). "De la oralidad a la intención biográfica", en Llona, Miren (coord.): *Entreverse. Teoría y metodología práctica de las fuentes orales*. Bilbao: Universidad del País Vasco.

Gran Enciclopedia de Navarra. http://www.encyclopedianavarra.com/?page_id=20675

Gurbindo Gil, Ricardo. (2020). "Recardera, oficio de mujer". En *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, 52, número 94, pp. 63-98

Iriarte Goñi, Iñaki y Lana Berasain, José-Miguel. (2002). "El sector agrario navarro durante el siglo XX: modelo productivo y acción pública", en Lana Berasain, J.M. (ed.) *En torno a la Navarra del siglo XX. Veintiún reflexiones acerca de Sociedad, Economía e Historia*. Pamplona, Universidad Pública de Navarra, pp.79-112.

Juliano Coregido, Dolores. (1989). "Las mujeres y el folklore: el laberinto de los mensajes disfrazados". En *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, año 21, nº53, pp. 33-42.

Labayru Fundazioa. Bendajerak = Vendajeras. Derio, 2021.

Llona, Miren. (2012). "Historia oral: la exploración de las identidades a través de la historia de vida", en Llona, Miren (coord.): *Entreverse. Teoría y metodología práctica de las fuentes orales*. Bilbao: Universidad del País Vasco, p. 15-59.

Mendiola, Fernando. (1998). "Renovarse y morir: costureras y lavanderas, dos estrategias familiares diferentes en los inicios de la industrialización (Pamplona, 1840-1930)", en *Mito y realidad en la Historia de Navarra, volumen I*, Sociedad de Estudios Históricos de Navarra: Pamplona, págs. 317-331.

Nash, Mary. (1983). *Mujer, familia y trabajo en España (1875-1936)*, 1º ed. Barcelona: Anthropos.

Pérez, José Antonio. (2004). *Los espejos de la memoria: historia oral de las mujeres de Basauri, 1937-2003*. Basauri: Ayuntamiento de Basauri.

Sarasúa, Carmen. (2003). "El oficio más molesto, más duro: el trabajo de las lavanderas en la España de los siglos XVIII al XX", en *Historia social*, Nº 45, págs. 53-78.

Satrústegui, José María. (1977). "Medicina popular vasca y ginecología". En *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, año 9, n.º 27, pp. 331-344.

Thompson, Paul. (1988). *La voz del pasado. Historia oral*. Valencia: Edicions Alfons el Magnànim. Institució Valenciana d'Estudis i Investigació.